

MI ROOMIE ES UN

VAMPIRO

MI ROOMIE ES UN

VAMPIRO

JENNA LEVINE

Traducido del inglés por Noemí Jiménez Furquet

CONTRALUZ



Título original: *My Roommate Is a Vampire*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Copyright © 2023 by Jennifer Prusak
© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet, 2023
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

Traducción adaptada para Latinoamérica
con la colaboración de la traductora

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-472-8 (México)

ISBN: 978-84-18945-80-9 (España)

Primera edición, junio de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

*Para Brian, que siempre me hace reír
y siempre está dispuesto a adoptar un gato más*

UNO



**Se busca roomie para apartamento
espacioso en el tercer piso de un edificio adosado
en Lincoln Park**

Hola. Busco a alguien con quien compartir mi apartamento. Es un apartamento espacioso según los estándares actuales, con dos grandes dormitorios, sala de estar abierta y cocina semiprofesional con comedor. Grandes ventanales en la fachada este con espectaculares vistas al lago. Completamente amueblado en estilo clásico y de buen gusto. No suelo estar en casa tras la puesta del sol, por lo que, de seguir un horario de trabajo tradicional, normalmente tendrá el apartamento sólo para usted.

Alquiler: \$200/mes. Nada de mascotas, por favor. Se ruega hacer llegar toda solicitud seria a la dirección fjfitzwilliam@gmail.com.

—Este lugar tiene que tener trampa.

—Cassie, escucha, es una oportunidad excelente...

—Ya olvídalo, Sam.

Las últimas palabras sonaron más cortantes de lo que pretendía..., aunque tampoco mucho. A pesar de que necesitaba su ayuda, la vergüenza que sentía por encontrarme en semejante aprieto hacía que me costara aceptarla. Él lo hacía de buena fe, pero su insistencia por entrometerse en cada aspecto de mi situación actual me estaba sacando totalmente de quicio.

Fue un detalle por parte de Sam —mi amigo de toda la vida, acostumbrado desde hacía mucho a lo loca que me pongo a veces cuando me estreso— que no añadiera nada. Se limitó a cruzarse de brazos y a esperar a que estuviera lista para decir algo más.

Apenas hicieron falta unos instantes para que volviera en mí y empezara a sentirme mal por haberle contestado de mala manera.

—Lo siento —mascullé—. Sé que sólo intentas ayudarme.

—No te preocupes —respondió comprensivo—. Estás pasando una mala racha. Pero no pasa nada por pensar que las cosas pueden ir mejor.

No tenía motivos para hacerlo, aunque no era el momento de ponerme a explicarle por qué. Tan sólo suspiré y volví a fijarme en el anuncio de Craigslist que tenía abierto en la *laptop*.

—Todo lo que suena demasiado bonito para ser verdad suele serlo.

Miró la pantalla por encima de mi hombro.

—No siempre. Y tienes que reconocer que el apartamento se veía fenomenal.

Sí que parecía fenomenal. Ahí tenía razón. Pero...

—Son sólo doscientos al mes, Sam.

—¿Y? Es un precio fantástico.

Me quedé mirándolo.

—Sí, si estuviéramos en 1978. Hoy, si alguien pide sólo doscientos dólares al mes, es probable que esconda cadáveres en el sótano.

—Eso no puedes saberlo. —Sam se pasó la mano por las greñas rubio oscuro. Era la señal más clara de que se estaba quedando conmigo. Llevaba haciendo ese gesto desde, por lo menos, sexto grado, cuando trató de convencer a nuestra profesora de que quien había pintado toda la pared del baño de chicas con flores rosa chillón no había sido yo. En aquella ocasión no engañó a la señora Baker (por supuesto que había sido *yo* la que había dibujado aquel prado de un agresivo color neón) y en esta tampoco me engañaba a mí.

¿Cómo iba a abrirse camino en la abogacía con una cara de póquer tan poco creíble?

—Puede que esta persona pase muy poco tiempo en casa y busque compañero por motivos de seguridad y no por el dinero —sugirió Sam—. O tal vez sea idiota y no sepa cuánto *podría* sacarle al apartamento.

Yo seguía sin fiarme. Llevaba peinando Craigslist y Facebook desde que, dos semanas atrás, mi casero me había pegado en la puerta una nota de desalojo por no pagar la renta. Cerca del Loop, el distrito financiero, no había nada así por menos de mil dólares al mes. En Lincoln Park, rondaban los mil quinientos.

Doscientos era un precio que no sólo quedaba un poco por debajo de la media del mercado, sino que no estaba ni en el mismo universo.

—El anuncio tampoco incluye fotos —señalé—. Esa es otra señal de alarma. Debería olvidarlo y seguir buscando.

Porque sí, si no me mudo, mi casero me va a llevar a juicio la semana siguiente; y *sí*, un apartamento tan barato me ayudaría un montón a saldar mis deudas y tal vez hasta a no acabar en esta misma situación de nuevo dentro de unos meses. Pero llevaba más de diez años viviendo en Chicago. Era imposible que una oferta *así* en Lincoln Park no fuera una trampa, y una enorme.

—Cassie... —La voz de Sam sonó tranquila, paciente y con un tonito bastante paternalista. Me acordé de que sólo intentaba ayudar a su manera y me mordí la lengua—. El apartamento está en una zona estupenda. Te lo puedes permitir sin problemas. Lo bastante cerca del metro como para llegar al trabajo rapidísimo. Y si los ventanales son tan grandes como dice el anuncio, tendrás un montón de luz natural.

Los ojos se me abrieron como platos. No me había pasado por la cabeza lo de la luz al leer el anuncio. Pero si el apartamento tenía unos ventanales enormes mirando al lago, era probable que Sam no se equivocara.

—Tal vez podría volver a crear en casa —reflexioné. Hacía casi dos años que no vivía en un lugar con suficiente luz natural como para trabajar en mis proyectos. Lo echaba más de menos de lo que quería admitir.

Sam sonrió con alivio.

—Justo.

—Ok —accedí—. Estoy dispuesta a, como mínimo, pedir más información.

Sam alargó la mano y la apoyó en mi hombro. Su toque cálido y reconfortante me calmó, igual que hacía siempre que lo necesitaba desde que éramos niños. El nudo de ansiedad que se me había instalado, como quien dice, de forma permanente desde hacía dos semanas en la boca del estómago comenzó a aflojarse.

Por primera vez en siglos, sentí que podía respirar de nuevo.

—Primero habrá que ver el apartamento y al compañero, claro —añadió a toda prisa—. Hasta puedo ayudarte a negociar un alquiler mes a mes si quieres. Así, si resulta ser un desastre, podrás irte sin incumplir un nuevo contrato.

Lo que significaba que no tendría que preocuparme por que otro casero cabreado me llevara también a juicio. La verdad es que sería un acuerdo aceptable. Si esta persona resultaba ser el asesino del hacha o un libertario o algún otro espanto, un alquiler mes a mes me permitiría largarme en un momento y sin romper compromiso alguno.

—¿Me harías ese favor? —le pregunté. No por primera vez, me sentí mal por lo desagradable que había estado con él en los últimos tiempos.

—¿Para qué me sirve si no haber estudiado Derecho?

—Para empezar, para ganar una pasta gansa con tu empresa en vez de ayudar a imbéciles integrales como yo.

—Si de todas formas estoy ganando un chorro de lana con mi empresa —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—, pero como no me dejas que te preste nada de dinero...

—Pues claro que no —reiteré. Era yo la que había optado por estudiar un grado de poca utilidad y además acabar endeudada hasta las cejas por el préstamo estudiantil y con pocas esperanzas laborales. No iba a cargarle a nadie el muerto.

Sam suspiró.

—Claro que no... Está bien. Esto ya lo hemos hablado. Una y otra vez. —Negó con la cabeza y añadió con tono melancólico—: Ojalá pudieras mudarte con nosotros y ya, Cassie. O con Amelia. Eso lo resolvería todo.

Me mordí el labio y fingí estudiar a fondo el anuncio de Craigslist para no tener que mirar a mi amigo.

A decir verdad, en gran parte me aliviaba que Sam y su flamante marido, Scott, se acabaran de comprar un minúsculo apartamento con vistas al lago en el que apenas cabían la pareja y sus dos gatos. Aunque vivir con ellos me ahorraría el estrés y los líos que tenía en este momento, apenas hacía dos meses que se habían casado. Vivir con ellos no sólo limitaría su capacidad de practicar sexo donde y cuando se les antojara, como tengo entendido que suelen querer hacer los recién casados, sino que sería un incómodo recordatorio de todo el tiempo que llevaba yo sin salir con nadie.

Lo cual también serviría de recordatorio constante del tremendo fracaso que eran *todos* los demás aspectos de mi vida.

Y, por supuesto, vivir con Amelia estaba descartado. Sam no entendía que su estirada y perfecta hermana siempre me había mirado por encima del hombro y me consideraba una fracasada total. Pero el caso es que tenía razón.

La verdad, lo mejor para todos era que encontrara un lugar en el que vivir que no fuera el sofá nuevo de Sam y Scott ni el loft de Amelia en Lakeview.

—Estaré bien —dije, esforzándome por que sonara como si me lo creyese. El estómago se me encogió un poco al ver la expresión preocupada de Sam—. No, en serio. Estaré bien. Siempre estoy bien, ¿no?

Él sonrió y me revolvió el pelo, que llevaba demasiado corto: era su forma de enchincharme. Normalmente no me importaba, pero un par de semanas antes me lo había cortado un montón en un arrebato porque estaba frustrada y necesitaba una válvula de escape que no precisara de conexión a internet. Otra de mis recientes decisiones no demasiado acertadas. Mi cabello rubio, rizado y denso tendía a salir disparado de formas insospechadas si no lo cortaba un profesional. En ese momento, mientras Sam seguía alborotándomelo, parecía un Muppet que hubiera metido los dedos en un enchufe.

—Para —le advertí con una carcajada al tiempo que me apartaba de él, aunque lo cierto es que me había puesto de mejor humor, que era el motivo exacto por el que probablemente me lo había hecho.

Apoyó la mano en mi hombro.

—Si alguna vez cambias de idea respecto al préstamo... —arrastró la última palabra sin acabar la frase.

—Si cambio de idea respecto al préstamo, serás el primero en enterarte —respondí. Pero ambos sabíamos que no lo haría.

★★★

Esperé a que empezara mi turno de tarde en la biblioteca pública para ponerme en contacto con la persona que alquilaba la habitación por doscientos dólares.

De todos los trabajillos de media jornada no relacionados con el arte que había logrado ir encadenando desde que terminé la maestría en Bellas Artes, este era mi favorito. No porque me encantase todo lo que implicaba, que no era el caso. Aunque era genial estar rodeada de libros, trabajaba exclusivamente en la sección infantil. O estaba sentada tras el mostrador de préstamos, u ordenaba libros sobre dinosaurios, dragones y gatos guerreros, o respondía preguntas de padres histéricos acompañados de sus hijos enrabiados y en edad preescolar.

Siempre me había llevado bien con los niños mayores. Y los humanos pequeñitos me gustaban como concepto abstracto; hasta entendía —al menos en teoría— por qué una persona querría incorporar uno a su vida por voluntad propia. Pero, aunque Sam y yo teníamos claro que sus mimados gatitos eran sus hijos, nadie de mi entorno tenía un hijo *humano* como tal. Tratar con niños pequeños veinte horas a la semana en un puesto de cara al público resultó ser una prueba de iniciación bastante dura.

Aun así, el de la biblioteca era mi trabajo de media jornada favorito, dado todo el tiempo libre que me ofrecía. Ni por asomo podría haber dicho lo mismo de los turnos en Gossamer's, la cafetería cerca del que pronto sería mi antiguo apartamento, y eso era lo *peor* de esa chamba en concreto.

—Hoy llevamos una tarde tranquila —mencionó Marcie, mi superior, desde la silla de al lado.

Marcie era la agradable mujer de cincuenta y tantos que, a todos los efectos, dirigía la sección infantil. Lo de comentar las tardes tranquilas era una pequeña broma entre nosotras cuando coincidíamos en el turno después de comer, porque *todas* las tardes lo eran. Entre la una y las cuatro, la mayoría de nuestros usuarios estaban echándose la siesta o en el cole.

Eran las dos. En los últimos noventa minutos no había venido más que un niño. No sólo era algo poco destacable, sino que entraba dentro de lo habitual.

—Pues sí, una tarde tranquila —coincidí son una sonrisilla antes de regresar a la computadora del mostrador principal.

Normalmente aprovechaba el tiempo libre en la biblioteca para buscar potenciales nuevos trabajos y enviar solicitudes. Y no era nada tiquismiquis: todo me venía bien —aunque no tuviera nada que ver con las artes— siempre y cuando prometiera un mejor salario y una jornada más amplia que la que tenía en mi actual apaño.

A veces aprovechaba esos momentos para pensar en futuros proyectos artísticos. El apartamentito en el que vivía no tenía buena luz, lo que dificultaba dibujar y pintar las imágenes que conformaban la base de mis obras. Y, aunque no podía acabar los proyectos en la biblioteca, ya que mis cuadros eran un follón y los últimos pasos suponían incorporar desperdicios, el mostrador principal era grande y estaba lo bastante iluminado como para, al menos, dibujar los bocetos preliminares a lápiz.

Hoy, sin embargo, necesitaba aprovechar el tiempo libre para responder a aquel anuncio chungo que había

visto en Craigslist. Podría haber escrito antes, pero si todavía no lo había hecho era porque una pequeña parte de mí no se fiaba y porque otra muy grande se había deshecho del wifi hacía un par de semanas para ahorrar.

Abrí el anuncio en la computadora. No había cambiado desde la última vez que lo había visto. El estilo extraordinamente formal era el mismo. Su absurda mensualidad también, y aquello volvió a disparar tantas alarmas en mi mente como la primera vez que lo había leído.

Pero lo que tampoco había cambiado era mi situación económica. Encontrar trabajo en mi campo seguía siendo igual de difícil. Y pedirle ayuda a Sam —o a mis padres, contadores los dos, quienes me querían demasiado para reconocermelo mucho que los había decepcionado— era tan impensable como siempre.

Y mi casero seguía empeñado en desahuciarme la semana siguiente. Algo por lo que, la verdad, ni siquiera podía culparlo. Durante los últimos diez meses había aguantado un montón de retrasos en el pago del alquiler y de percances ocasionados por mis trabajos de soldadura artística. Si yo fuera él, probablemente también me desahuciaría.

Antes de poder convencerme de lo contrario y con la voz preocupada de Sam resonándome en los oídos, abrí el correo electrónico. Eché un vistazo al buzón de entrada —un anuncio de dos por uno en Shoe Pavilion, un titular del *Chicago Tribune* sobre una inexplicable serie de asaltos al banco de sangre local— y empecé a escribir.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Para: fjfitzwilliam@gmail.com

Asunto: Apartamento en alquiler

Vi en tu anuncio de Craigslist que buscas *roomie*. A mí está a punto de vencerme el contrato y tu apartamento me cuadraría bastante. Soy profesora de arte, tengo treinta y dos años y llevo diez viviendo en Chicago. Ni fumo ni tengo mascotas. En el anuncio decías que de noche no sueles estar en casa. Yo casi nunca estoy durante el día, así que vivir juntos creo que podría ser un buen arreglo para ambos.

Supongo que estás recibiendo un montón de solicitudes para el apartamento, dada la ubicación, el precio y tal. Aun así, en caso de que la habitación siguiera disponible, te paso un listado de referencias. Espero tener noticias tuyas pronto.

Cassie Greenberg

Una punzada de culpabilidad me atravesó por lo mucho que había maquillado algunos de los datos clave.

Para empezar, le había dicho a un completo desconocido que era profesora de arte. Y *técnicamente* lo era. Había ido a la universidad para estudiar eso mismo, y no es que no *quisiera* dedicarme a la docencia. Pero en tercero me enamoré perdidamente de las artes aplicadas y el diseño, y, en el último año, cursé una asignatura en la que estudiamos a Robert Rauschenberg y su método de com-

binar la pintura con la escultura. Y aquella fue mi perdición. Nada más graduarme, me lancé a estudiar una maestría en Artes Aplicadas y Diseño.

Disfruté como una chiquilla de cada segundo.

Hasta que, vaya, me gradué. Fue entonces cuando me tocó aprender por la vía rápida que mi visión artística y mis habilidades eran demasiado especializadas como para atraer a la mayoría de las escuelas públicas que contrataban a profesores de arte. Los departamentos de las universidades tenían la mente más abierta, pero conseguir algo más estable que un puesto temporal como adjunta era como ganar la lotería. A veces conseguía algo de dinero extra con las exposiciones, cuando alguien compararía mi visión de encontrarle cierta belleza irónica a integrar latas de Coca-Cola oxidadas en paisajes marinos y compraba una de mis piezas. Pero aquello no sucedía a menudo. Así que, sí, aunque técnicamente era profesora de arte, desde que obtuve la maestría la mayoría de mis ingresos procedía de trabajos de media jornada que estaban tan mal pagados como este.

Nada de eso me hacía sonar atractiva como posible inquilina. Tampoco el hecho de que mis «referencias» no provinieran de antiguos caseros —ninguno de los cuales tenía nada bueno que decir sobre mí—, sino de Sam, Scott y mi madre. Aunque fuera una decepción para mis padres, tampoco es que quisieran que su única hija se convirtiera en una indigente.

Después de tirarme unos segundos preocupada por lo que había escrito, me dije que no pasaba nada por echar un par de mentiritas. Cerré los ojos y pulsé Enviar. ¿Qué

era lo peor que podía pasarme? ¿Que aquel absoluto desconocido se enterara de que había exagerado un poco y me impidiera mudarme con él?

De todas formas, tampoco estaba segura de que me interesara el apartamento.

Tuve menos de diez minutos para preocuparme antes de que me llegara una respuesta.

De: Frederick J. Fitzwilliam [ffitzwilliam@gmail.com]

Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Estimada señorita Greenberg:

Gracias por el amable mensaje en el que expresa su interés por la habitación vacante. Como se menciona en el anuncio, el dormitorio está decorado con un estilo moderno, pero de buen gusto. Creo, y así me lo han señalado otras personas, que también es bastante espacioso en lo que a habitaciones desocupadas se refiere.

En cuanto a su pregunta no formulada: el cuarto sigue por entero disponible, si aún estuviera interesada en él.

Hágame saber a la mayor brevedad si desea ocuparlo y me encargaré de tener preparada la documentación necesaria para su firma.

Se despide deseándole buena salud,

Frederick J. Fitzwilliam

Me quedé mirando el nombre al final del mensaje.

¿Cómo que «Frederick J. Fitzwilliam»?

¿Qué clase de nombre era ese?

Volví a leerlo, tratando de entender lo que decía, mientras Marcie sacaba el celular para echarle un vistazo diario a Facebook.

Así que la persona que alquilaba el apartamento era un hombre. O, como mínimo, alguien con un nombre tradicionalmente masculino. Eso no me preocupaba. Si me mudaba con él, no sería el primer tipo con el que vivía desde que me independicé de casa mis padres.

Sin embargo, lo que me preocupaba era... todo lo demás. El mensaje estaba redactado de una manera tan extraña y formal que me pregunté qué edad tendría esta persona. Y luego estaba el hecho rarísimo de que asumiera que iba a mudarme sin haber visto la habitación.

Traté de no hacer caso de mis recelos y me recordé que lo que me importaba de verdad era que el apartamento estuviera en buen estado y que el tipo no fuera el asesino del hacha.

Necesitaba ver el apartamento y conocer en persona a Frederick J. Fitzwilliam antes de tomar una decisión.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Para: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Hola, Frederick:

Me alegro un montón de que el cuarto siga disponible. La descripción suena fenomenal y me encantaría ir a verlo. Si te viene bien, estoy libre mañana al mediodía. De

todas formas, ¿podrías enviarme un par de fotos? El anuncio de Craigslist no las incluye y me gustaría ver alguna antes de ir para allá.

¡Gracias!

Cassie

Una vez más, no tuve que esperar más que unos minutos para recibir una respuesta.

De: Frederick J. Fitzwilliam [ffjfitzwilliam@gmail.com]

Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Hola otra vez, señorita Greenberg:

Puede visitar el apartamento cuando usted guste. Tiene todo el sentido que desee verlo antes de tomar una decisión. Me temo que mañana a mediodía me encontraré indispuerto. ¿Estaría usted disponible en algún momento tras el ocaso? Me siento mucho más en mi elemento durante la noche.

Tal y como me pidió, le adjunté fotografías de dos estancias que, con toda probabilidad, deseará usar con frecuencia si resuelve trasladarse al apartamento. La primera es del dormitorio tal y como se halla decorado en estos momentos. (Huelga decir que puede cambiar la decoración según sus gustos si decide vivir aquí). La segunda es de la cocina. (Creí haber incluido ambas fotografías en el anuncio de Craigslist. Presumo que de forma incorrecta).

Se despide deseándole buena salud,
Frederick J. Fitzwilliam

Tras leer por encima el mensaje de Frederick cliqué en las fotos que me había enviado y...

Wow.

Y recontra-wow.

Ok.

Aun sin saber qué onda con el tipo este, estaba clarísimo que no vivía en la misma esfera socioeconómica que yo. También era posible que no viviéramos en el mismo siglo.

La cocina no sólo era diferente de la de cualquier otra casa en la que hubiera vivido.

Se diría que pertenecía a una época completamente distinta.

Nada en ella parecía fabricado en los últimos cincuenta años. El refrigerador tenía una forma extraña, como ovalado por la parte superior y mucho más pequeño que la mayoría de los que yo había visto. No era plateado, negro o *beige* —los únicos colores que yo habría asociado a los frigoríficos—, sino de un rarísimo tono azul pastel.

Perfectamente a juego con el horno que estaba al lado.

Recordaba vagamente haber visto electrodomésticos así en un viejo episodio coloreado de *Yo amo a Lucy* que había visto de pequeña. Sentí una cierta desorientación al tratar de encajar que una cocina antigua como esa pudiera tener cabida en un apartamento moderno.

Así que decidí dejar de intentarlo y pasar a la fotografía del dormitorio. Era grande, tal y como decía el anuncio de Craigslist. De algún modo, parecía aún más anticuado que la cocina. El armario ropero era fabuloso, de una madera oscura que no logré identificar, con molduras talladas a lo largo de la cornisa y en los tiradores. Parecía la típica pieza que una podría encontrarse en un anticuario. Igual que la gran colcha de flores que cubría la cama, que con toda probabilidad había sido confeccionada a mano.

La propia cama era de las que tenían un dosel de encaje blanco echado por encima, lo digo en serio. El colchón era grueso y parecía lujoso y confortable.

Pensé en todo el mobiliario cutre y de segunda mano que tenía en el que pronto sería mi antiguo apartamento. Si me trasladaba a este, podría deshacerme de todo aquello en algún mercadillo.

Las fotografías y los mensajes dejaban entrever que, si bien era posible que Frederick fuera mucho mayor que yo, era poco probable que me robara mis pertenencias en cuanto me mudara.

Podría arreglarme con un *roomie* rarito, de unos setenta años, siempre y cuando no tuviera intención de robarme o matarme.

Aunque, una vez más, tampoco es que una pueda saber esas cosas por el tono empleado en un correo electrónico.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Para: Frederick J. Fitzwilliam [jfjfitzwilliam@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Frederick:

Ok, las fotos son alucinantes. ¡Tu apartamento está increíble!

Desde luego que quiero verlo, pero mañana no podría ir para allá hasta las ocho. ¿Lo ves demasiado tarde? Ya me dirás, y gracias.

Cassie

La siguiente respuesta llegó en menos de un minuto.

De: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]

Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Estimada señorita Greenberg:

Las ocho de la tarde de mañana encaja a la perfección en mi calendario. Me aseguraré de ordenar un poco para que todo esté presentable cuando usted llegue.

Se despide deseándole buena salud,

Frederick J. Fitzwilliam

★★★

Esa noche, Sam llegó a mi apartamento con un montón de cajas de mudanza y dos cafés Venti de Starbucks.

—Acerca una silla —solté impasible, señalando con un gesto el lugar donde solía estar mi viejo sillón reclinable La-Z-Boy de segunda mano. Lo había vendido en Facebook por treinta dólares el día anterior, que era más o menos lo que me había costado.

Sam sonrió irónico y extendió con cuidado una caja plegada en el suelo para después sentarse sobre ella con las piernas cruzadas.

—Será un auténtico placer —respondió.

—Gracias por traérmelas —dije, apuntando hacia las cajas. Aunque no acabara trasladándome a la habitación que Frederick tenía completamente amueblada, lo único que tenía previsto llevarme de este lugar era mi ropa, mi material artístico y la *laptop*. Sólo lo esencial, pero, aun así, necesitaba cajas para guardarlo.

—Anda, ya ves —respondió al tiempo que me tendía el café que le había pedido. Se había ofrecido a traerme lo que me apeteciera, pero me supo mal pedirle la cara bomba de azúcar arcoíris que *en realidad* me apetecía, por lo que me limité a encargarle un café solo.

—Estoy deseando volver a vivir en un lugar con wifi —pensé en voz alta antes de tomar un sorbo. El sabor amargo me hizo estremecer. ¿Cómo podía gustarle a alguien el café solo? Aunque eso mismo me preguntaba cada vez que trabajaba en Gossamer's—. Echo de menos ver *RuPaul's: Drag Race*.

Sam me miró ofendido.

—¿Acaso no te he tenido al día de quién iba ganando?

—No es lo mismo —respondí con un gesto desdeñoso de la mano. Los realities eran mi placer culposo desde hacía mucho tiempo y los sucintos resúmenes de Sam se me quedaban cortos—. En fin, mañana vienes, ¿verdad?

—Por supuesto. Al fin y al cabo, esto ha sido idea mía, ¿no?

—Y tanto.

—Si quedaste con él a las ocho, debería recogerte quince minutos antes. ¿Te parece?

—Sí. Para entonces habrá terminado mi turno en la biblioteca.

Los martes por la tarde ofrecíamos talleres especiales para los niños, por lo que estaría ocupada hasta las siete y media. Lo cierto es que me encantaban las noches de los martes en la biblioteca. Las actividades solían estar relacionadas con la plástica y las manualidades, por lo que podía fingir durante un ratito que la creatividad seguía siendo una parte importante de mi vida.

Me puse una nota mental para dejar fuera mi camiseta de *Plaza Sésamo* con el lema «¡Leer es de campeones!» cuando empezara a llenar las cajas. En la biblioteca nos pedían que los martes nos vistiéramos pensando en los niños.

—Genial —respondió Sam—. Si te recojo a esa hora, tendremos tiempo de sobra para llegar al apartamento. Aunque... —Dejó la frase inacabada y bajó la mirada a su café.

—¿Qué pasa? —Yo ya conocía esa expresión preocupada.

Sam vaciló antes de contestar:

—Es... Seguro que no es nada, pero deberías saber que esta mañana lo he buscado en Google y no he conseguido dar con ningún Frederick J. Fitzwilliam.

Lo miré con incredulidad.

—¿Cómo?

—Ya. —Sam le dio un sorbo al café con mirada contemplativa—. Si el consultorio de derecho penal me en-

señó algo es que jamás deberías irte a vivir con alguien sin buscarlo primero. Así que he ido a localizarlo en internet, pensando que, con un nombre como Frederick J. Fitzwilliam, daría con él en dos segundos, pero...

Sam negó con la cabeza.

Yo sentí apretarse un poco más el nudo de ansiedad que siempre tenía en la boca del estómago.

—¿Nada?

—Nada —confirmó—. Lo busqué hasta en los expedientes penales del condado de Cook. No hay nada en ninguna parte sobre ningún Frederick J. Fitzwilliam. —Se detuvo un instante—. Es como si no existiera.

Me quedé atónita. En una época en la que se podía averiguar cualquier aspecto de cualquier persona echando un vistazo rápido en internet, ¿cómo era posible que Sam no hubiera encontrado *nada*?

—Tal vez sea un nombre falso que da a la gente que pregunta por el apartamento —sugirió Sam—. Craigslist puede dar miedito. Quizá quiera mantener el anonimato.

Aquello me hizo sentir un poco mejor. Porque tenía sentido. Me acordé de mis años de universidad y ojalá yo también le hubiera dado un nombre falso a alguien en Craigslist. Hacía diez años que me había graduado y la Sociedad Literaria del Younker College seguía sin dejarme tranquila.

—Sí —respondí—. Aunque, si quisiera mantener el anonimato, ¿por qué molestarse en incluir una dirección de correo electrónico en la publicación? Podría haber usado la cuenta anónima que Craigslist genera de manera automática cuando la gente sube un anuncio.

El silencio se extendió mientras los dos sopesábamos el sentido de todo aquello, sólo interrumpidos por el sonido amortiguado del tráfico de la calle al otro lado de la ventana.

Al final me incliné hacia Sam y le dije:

—Si este tipo acaba siendo el próximo Jeffrey Dahmer, prométeme que vengarás mi muerte, ¿ok?

A Sam se le escapó una carcajada.

—Pensaba que querías que te acompañara. Como sea el próximo Dahmer, los dos estaremos jodidos. Y puede que muertos.

Eso no se me había ocurrido.

—Tienes razón. —Me quedé pensando un momento—. Quizá sea mejor que esperes en el coche. Te mando un mensaje en cuanto entre. Si no salgo en treinta minutos, llama a la policía.

—Bien —respondió Sam, sonriendo de nuevo. Sólo que, esta vez, la sonrisa no le llegaba a los ojos. Nunca había sabido disimular su preocupación por mí—. Pensándolo mejor... Si Scott y yo nos deshiciéramos de parte de las cosas que nos regalaron por nuestra boda, seguro que podríamos hacerte un hueco hasta que encuentres algún lugar mejor para instalarte.

Me tragué el nudo que sentía en la garganta ante aquella nueva oferta.

—Gracias —le respondí, de corazón, y tuve que apartar la mirada antes de añadir—: Lo... lo pensaré.